

**CUENTO N° 298**

**TÍTULO: YURI**

**SEUDÓNIMO: OJEDA**

**AUTORA: CECILIA ISABEL OJEDA ORTÍZ**

## YURI

Era un día de Marzo cuando atravesaba la gran avenida un individuo absorto en sus pensamientos, de figura desgarbada, su silueta alta destacaba entre la media de los transeúntes que pasaban aquel día por Santiago. Su nombre era Yuri, tenía una tez blanca y un semblante algo desmejorado, la palidez de su rostro contrastaba a sus intensos ojos azules que parecían escudriñar todo a su alrededor. Su aspecto lo hacía ver mayor que la edad que tenía realmente, motivo de su calvicie formada por unas prominentes entradas en sus sienes y el poco cabello claro que le quedaba. El cruzaba las calles con paso firme llamando la atención por la seguridad con que avanzaba, casi siempre llevaba entre sus dedos un cigarrillo encendido que de cuando en cuando le daba alguna pitada, en realidad para el que lo observaba, era un tipo que parecía no temerle a nada ni a nadie. Años más tarde nos enteramos que había llegado hace cuatro años a Valparaíso en un barco de carga desde una ciudad portuaria llamada Vladivostok, alguna vez en un juego de "ataque" alguien se había referido a esa ciudad rusa, como el destino final del tan famoso tren transiberiano, por lo que al enterarme, inmediatamente me pareció que efectivamente reflejaba en sus modales algún tipo de influencia asiática y eso era lo que lo hacía parecer tan peculiar; la verdad es que parecía un personaje sacado de alguna novela de Dostoievski. Por ahora sigamos los pasos de este Yuri que va avanzando a trancos con sus zapatillas recién estrenadas que le había regalado Masha, como él le decía cariñosamente a María, ella era bailarina de ballet del gran Teatro Principal, era la compañera de su vida, por lo que Yuri todas las tardes iba feliz a buscarla para traerla de vuelta a casa, era su manera de cuidarla. Día a día atravesaba caminando esa gran Avenida que divide el centro de la ciudad, ese que ahora parece tan diferente, ya no están los adoquines que rememoraban a alguna

ciudad europea, hoy solo salpican la suciedad por entremedio de esas baldosas que hoy cubren la capital. Nada pudo sobrevivir a la nueva modernidad, antes el centro antiguo estaba lleno de tiendas tradicionales y galerías con bellos pisos de mosaicos, los que producían vértigo al mirar esas olas del mar infinito, proliferaban en ese entonces los salones de belleza y frente al Teatro Principal en plena esquina se encontraba el mítico “Paula” famoso por su café cortado y sus deliciosa repostería; aquí era donde conocidos artistas, periodistas y gente de oficinas hacían sus tertulias y negocios. Hoy parece imposible imaginar que el mismo callejón sin salida, hoy atiborrado de bolsas de basura y repleto de mugre de todo tipo expeliendo un olor nauseabundo, haya sido el mismo escenario en donde se escuchaban los acordes de aquel viejo piano vertical que acompañaba en sus clases al maestro Goube cuando le dictaba a esos jóvenes recubiertos con lanas y ceñidas mallas a sus cuerpos, los apenas apoyados en la barra seguían con gran disciplina y respeto las indicaciones de aquel profesor que les enseñaba con elegancia y precisión el movimiento acertado, mientras la melodía llevaba el compás “un dos tres, un dos tres”. Hoy la música ya no suena, ni tampoco hay armonía, solo se escuchan bocinazos o algún improperio de alguien desquiciado por algún hecho o simplemente personas que parecen estar molestas consigo mismas. Yuri ignora que esa tierra que va pisando hoy con sus blancas zapatillas hace algunos años albergaba a aquel loco que repetía vociferando “Gloria a Dios gloria a Dios” mientras saltaba de un pie a otro como si tuviese brasas candentes debajo de ellos, tal vez presentía que al final todos nos íbamos a quemar. Yo lo vi muchas veces cuando salía del Teatro y doy fe que la vitalidad con que efectuaba su prédica no tenía explicación alguna, ya que pasaba horas y horas repitiendo su “performance”, hoy me hace recordar a los faquires de la India o esos derviches danzantes de

Turquía que dan vueltas y vueltas como conectados a algo sobrenatural, ajenos a todo lo mundano.

Volvamos al señor que gritando anunciaba el devenir lleno de desgracias por nuestras culpas, tantos actos y pensamientos erróneo por el egoísmo que nos han hecho siempre tan infelices. " No hay arrepentimiento que sirva" decía el loco, por lo que muchos miraban desconcertados y otros escuchaban con cierto estupor como el que cree oír la verdadera profecía, esa verdad que implacablemente atraviesa el corazón y deja sin esperanza al que lo presencia, era tremendo sentir esa sensación, por lo que era mejor pasar por su lado y caminar distraídamente como si nada existiera.

Sin inmutarse, Yuri sigue su camino ignorando a la historia, cruza frente al Hotel Nacional, ese que cobija a cuanto turista deseoso de conocer las costumbres del país; en el primer piso del edificio se encontraba el pintoresco "Café Haiti", este ofrecía un delicioso café expreso servido por chicas que generosamente mostraban sus atributos, con profundos escotes y ceñidas faldas cortas y sonreían a los que pasaban cerca del lugar invitándolos a pasar. Yuri siempre entraba a tomar su café y al salir nuevamente encendía un cigarrillo, el que le iba a durar el tiempo justo hasta la llegada a la puerta de salida de los artistas, aquí saludaba al portero de turno y murmuraba algo inteligible que le permitía ingresar sin ser controlado.

Ahora va subiendo como un niño de dos en dos los peldaños de mármol de la escalera y de cuando en cuando apoya sus manos en el pasamanos para no desequilibrarse, al llegar al tercer piso, la hora marca un poco antes de las seis de la tarde y el timbre que indica el fin de la jornada comenzara a sonar en un par de minutos. Ha terminado el último ensayo, por lo que los bailarines comienzan a salir

envueltos en sus lanas, todos sudorosos hacia los camarines para cambiarse, arrastran el cansancio y la fatiga como consecuencia de tanto movimiento grácil y volátil. Yuri permanece sentado inmóvil en un costado como si fuese una escultura de aquel lugar sagrado. Todos lo conocen y se han acostumbrado a su presencia, es habitual verlo mover su cabeza hacia arriba y abajo asintiendo como saludo. Es el novio de Masha susurran entre risas algunas bailarinas, sin embargo el solo levantara la cabeza totalmente cuando ve salir por aquella puerta del salón a María, ella es menuda y va con su rubia cabellera recogida en un moño agarrado por horquillas y pinches, lleva sus zapatillas de punta en el hombro y al verlo lo mira dulcemente con esa sonrisa que tienen los que se quieren, luego camina hacia él y lo besa diciéndole algo en el oído que nadie comprende para luego entrar a cambiarse. Masha era una bailarina solista que había llegado desde algún lugar de Moldavia, tenía una belleza diferente al resto de las chicas, su presencia no pasaba desapercibida, a veces usaba un turbante rosa, que le otorgaba una elegancia inusitada, decían que parecía un ser de otra época. Cuando caminaban juntos de vuelta a casa, parecían una pareja común y corriente, se veían contentos y era divertido escucharlos conversar en su idioma, ya que nadie los entendía, por lo que se sentían totalmente libres, tenían esa complicidad del que conoce la respuesta del otro sin hablar.

El fin de semana anterior había sido el cumpleaños de medio siglo de vida de Yuri Nigloski, por lo que habían invitado a varios amigos. Masha había preparado una hermosa fiesta para él. Ese alguien pregunto de donde provenía el apellido de Yuri, pero en realidad nadie tenía certeza, es más, podría haber sido falso, decían, son muchas las versiones que se decían de él, pero eso no es lo relevante, el día de su cumpleaños recibió una caja de cartón envuelta en un papel azul brillante que

contenían las zapatillas que tanto había añorado, decían que de donde venía, no era común usar este tipo de calzado deportivo y por eso que a Yuri le llamaban tanto la atención, también decían en voz baja que había dejado en su país a una niña pequeña, Olenka, supuestamente su propia hija quien tendría ahora unos doce años..

La noche del festejo fue pura alegría y diversión, abrieron el ventanal que daba a la calle para que entrara el aire de la noche, el pequeño balcón decorado con esmero y luces de colores destacaban en ese quinto piso. Ya habían comenzado los brindis con vodka y cerveza cuando se anunció la llegada del tradicional borsch cocinado tan bien por Masha, este venía acompañado de un buen guiso de papas con arvejas que tanto le gustaba a Yuri. Aquella noche fue memorable, todos se reían y divertían más de la cuenta, por eso es que alguien se dispuso a contar que había escuchado que Yuri había llegado a nuestro país sin ningún papel, ni pasaporte y que lo había hecho en un barco de carga, el cual arribo a nuestro puerto, dijo que además había llegado enfermo y que en ese momento, lo había rescatado Juana la prostituta del lugar, o sea le debía la vida a ella, que más bien había sido un ángel para él ya que lo cuidó por más de un mes sin cobrarle un peso, hasta el día en que se marchó. Cuando Yuri llegó a Santiago no conocía a nadie, sin embargo para ganarse el sustento comenzó a trabajar como maestro gasfíter o eléctrico, oficio que conocía y para el que no necesitaba conocer el idioma, así fue como llegó donde María, para arreglar ese problema del lavavajillas. Masha decía que no le funcionaba el lava vagina y todos se reían y burlaban de ella, hasta que llegó Yuri y solucionó el problema, al parecer el corte había sido provocado por uno de los tantos gatos que ella recogía. Así es como apareció Yuri en su vida, este extraño hombre que posteriormente fue su gran amor, su alma gemela le decía. Entre risas

y risas aclaraban a modo de explicación, que como fueron cada vez más las maquinas que tuvo que arreglar, se fue quedando y quedando hasta no irse más. Se veían tan felices haciendo bromas entre ellos y no parecía importarles mostrar su intimidad a los demás. Nadie podría predecir que este sueño en se convertiría en pesadilla algunas horas más tarde.

Ese lunes amaneció como siempre, un visitante bajaba tranquilamente por las escaleras cuando repentinamente siente el estruendo del golpe del cuerpo azotado contra la acera, era un hombre descalzo, lo reconocieron a pesar de su rostro desfigurado por el impacto, era Yuri y estaba muerto. Unos decían que tenía problemas económicos, otros con la justicia o simplemente que quería volar porque estaba drogado, en todo caso murió al instante, su expresión de dolor y los brazos a los costados permanecían como conteniendo un aire inexistente. Varias veces lo habían visto acompañado de dos hombres que hablaban su idioma y también el vecino había escuchado que la noche anterior habían discutido con María; nadie comprendía lo que había pasado, realmente había sido un accidente o era el resultado de lo inevitable. Él había cruzado el límite de todas sus posibilidades y era una víctima más de su propio ser; una carta de la pequeña Olga permanecía intacta en su bolsillo, le pedía que la trajera a Chile para ser feliz, ya no hay luz que ilumine ningún camino, llega la noche y todo comienza a estar oscuro y Olenka tendrá que llorar.